

De colaboración

La Cuestión Social

(Conclusión)

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO

He tenido la paciencia necesaria para leer despacio toda la conferencia del Director de la Normal de Institutoras; y he sido también lo bastante paciencioso para medirla, columna por columna, con el propósito de que quienes no la conozcan puedan formarse idea de su extensión. Las columnas tienen cinco centímetros y medio de anchura, y suman una longitud de cuatro metros y catorce centímetros; su prosa es muy amazaotada y ha sido compuesta en letras del tipo diez puntos.

En la conferencia se intercalan citas de los seres y libros siguientes, por el orden mismo en que los enumero: Bastiat, Hesiodo (dos veces), un distinguido economista, Plinio el joven, Jesucristo, los Apóstoles, el Conde de Montalembert, Guizot, Le Play, El Evangelio, León XIII, Malthus, Stuart Mill, Dante, Plinio el naturalista, Lasalle, Bakounine, Supremo Ordenador, Proudhon, Carlos Marx, Lasalle (otra vez), otro socialista de nota, un economista inglés, la Divina Providencia, Alfredo Jourdan, un economista francés, Baudrillard, el ilustre catedrático jubilado de Economía Política de la Universidad de Lovaina, Jesucristo (otra vez), el elocuente orador P. Monsabre, el Decálogo y el eminente economista Carlos Perin.

Todas estas citas sirven sólo para embrollar más y más la cuestión, y demostrarnos que don Nicolás posee una erudición por demás libreseca, cuantiosa pero nada profunda, que concluye por resultar inútil y hasta perjudicial, para el atinado y cabal conocimiento de las causas y efectos de las luchas entre trabajo y capital.

De semejante fárrago de citas, que produ-

ce un laberinto de divagaciones y contradicciones y sofismas, muy poco se puede sacar en limpio. Tamaño montón de paja queda reducido a los diminutos granos que continúan:

- 1.—Considerar el trabajo como una virtud.
- 2.—Abominar furiosamente del Paganismo.
- 3.—Pretensión de definir el capital.
- 4.—Afirmación rotunda de la posibilidad de concordia entre trabajo y capital, y recomendación reiterada de la práctica de dicha concordia.
- 5.—Condenación resuelta de las doctrinas socialistas, y enaltecimiento caluroso y tenaz del ahorro y de la moralidad en las costumbres.
- 6.—Solución del problema social por medio del Decálogo.

Como me gusta mucho discutir con claridad y orden, procurando desenmarañar lo que se halla enmarañado, voy a rebatir uno por uno los seis erróneos e insustanciales granos referidos.

No estaría mal que se considerara el trabajo como una virtud, si esa tan encomiada virtud fuese realizada por todos en proporción equitativa; si todo el mundo trabajara NO MAS que lo que permitiesen normalmente las capacidades productoras de cada cual. Pero mientras unos trabajen hasta el agotamiento para ganar unos centavos, y otros trabajen muy poco o no trabajen nada para reunir y guardar miles y millones de pesos; mientras el trabajo, que es la causa, sea esclavo del capital, que es el efecto; mientras el trabajo resulte, como resulta en los hechos

y en la mayoría de los casos, una especie de maldición que sólo gravita sobre determinadas clases, no puede menos de ser despiadado y sarcástico el pretender exornar con el ropaje de la virtud a ese trabajo, tan mal distribuido y tan pésimamente remunerado. Si el trabajo es una virtud, ¿por qué huyen de él cuanto pueden los VIRTUOSOS teóricos, que se lo recetan a los demás como una panacea?; ¿por qué no nos dan el ejemplo irrefutable de trabajar afanosos, con las manos y con el cerebro, tantas horas diarias como el que más trabaje aquí en nuestro Planeta, para que ningún trabajador de ninguna categoría pueda con razón lanzarles el menor reproche y acusarles de meros teóricos?

Por donde quiera que fui, durante toda mi vida, puede observar que quienes no trabajan o trabajan poco y en cosas fáciles y agradables, viviendo además rodeados de comodidades y honores; que quienes pasan su vida viendo a distancia el desfile de los seres humanos, semejantes suyos, que van a reventarse en faenas durísimas y miserablemente pagadas; que quienes conocen el trabajo sólo por su lado florido, por sus frutos más que por los sudores y fatigas a él inherentes, siempre son los que repiten con terquedad que el trabajo es una virtud, para que lo crean los que trabajan con exceso, y se resignen así con su triste y esclavizada suerte, y todo siga como está. Es muy estabilizador, muy conservador y hasta muy bonito para los privilegiados el discurrir de tal manera, pero es también muy falso. Yo creería que el trabajo es una virtud, si me lo asegurase una sola vez uno solo de los numerosísimos trabajadores que se ocupan en labores muy penosas, durante doce y catorce horas diarias, para recibir un salario mezquino. Ese único voto sí sería un voto de calidad, decisivo y convincente. Todos los demás votos no sirven para nada, como no sea para demostrar precisamente lo contrario de lo que se pretende.

Quien haya estudiado sin prejuicios el trabajo, quien haya profundizado su naturaleza y quien haya comprendido su funcionamiento, no podrá menos de rematar en la conclusión de que el trabajo no es otra cosa que una NECESIDAD fisiológica, sentimental, intelectual y social. En el hecho preciso de no ser esta necesidad satisfecha por todos armónica y oportunamente, radican las enfermedades, las amarguras, los dolores, las mentiras, los errores, las guerras, los crímenes, las miserias, las indignidades, los rencores, todo el monstruoso desbarajuste de la sociedad presente, cuyas salpicaduras a todos nos

alcanzan, queramos o no, en mayor o en menor grado.

Hace algún tiempo tengo pensado escribir un estudio amplio y meditado, en defensa del Paganismo. Los improperios que le dedica el actual Director de la Normal de Institutoras me servirán de acicate, para efectuar lo antes posible mi pensamiento. Entre tanto, quiero consignar aquí esta sencilla pregunta: ¿Qué artista, de veras cristiano, ha producido nada comparable a la paganísima Venus de Milo, admiración perenne de las humanidades de todos los siglos y de todos los países?

Pretendiendo definir el capital, don Nicolás dice:

“Fijemos con precisión el concepto del capital. Entendemos por capital, siguiendo el parecer general de los economistas, aquel producto o suma de productos, que reservado oportunamente se aplica a una nueva producción. Nace por consiguiente el capital del trabajo; porque sin este no hay producto alguno. Pero reconoce también otra causa, la virtud del ahorro; porque si el productor en vez de conservar el producto para usos posteriores, prefiere consumirlo halagando sus presentes apetitos, el fruto del trabajo no llegaría a capital. Este recibe su estado propio cuando el productor lo aplica a dar vida y aumento a una nueva producción.”

En esta definición, sin duda incompleta y falaz y oscura, reside la clave de la cuestión, de toda la cuestión social. El capital SI ES “aquel producto o suma de productos que se reserva oportunamente.” Pero es indispensable añadir que los productos NO SON reservados por quienes los produjeron, sino por un parásito, ajeno a la producción; por un señor ocioso, respaldado por los códigos y por todas las fuerzas armadas, que va extrayendo y usurpando a cada uno de los productores que tiene a sus órdenes, una cantidad determinada de productos, hora por hora y día por día, dándoles en cambio un salario INFERIOR al valor positivo de lo que produjeron. Más claro, cada trabajador crea productos que valen veinte unidades, por ejemplo; el capitalista toma esas veinte unidades INTEGRAS, y retribuye al productor con un salario que vale sólo diez unidades; las otras diez unidades que hay de diferencia son las que se reserva tranquilamente y LEGALMENTE el capitalista, y con ellas va formando lo que después llama SU CAPITAL.

Desde luego que “la virtud del ahorro” funciona en la reunión de ese capital; pero

los ahorros han sido acumulados por un extraño habilidoso, **NÓ POR LOS PRODUCTORES**, quienes resultan despojados cada día por aquel de una buena porción del fruto de su trabajo.

Así y sólo así se amasaron, se amasan y se amasarán todos los capitales del Orbe, a base de propiedad privada. Ni dudarlo es posible, a poco que se quiera razonar. La más rudimentaria inteligencia puede comprender que constituye un supremo disparate la sola suposición de que una persona, sin trabajar, llegue a **PRODUCIR** cantidades enormes; mientras que otras personas, trabajando en demasía, no logren producir más que lo ineludible para sostenerse con estrechez y pobreza sumas.

Aunque pudiéramos al hombre más fuerte y laborioso frente al hombre más raquítrico y negligente, si trabajaban igual número de horas, siempre resultaría que la diferencia entre la producción del primero y la del segundo no podría ser jamás de millones ni siquiera de miles.

No existen personas que tengan kilómetros y leguas de estatura, ni otras personas cuya talla sea sólo de milímetros y de centímetros; no existen personas tan forzudas que puedan levantar con sus manos los edificios y las montañas, ni otras personas tan débiles que no puedan alzar del suelo un pedazo de papel; no existen personas cuyo estómago les permita ingerir de una vez toneladas de alimentos, ni otras personas a las que sea posible sostenerse con unos miligramos de comestibles cada día. Idénticamente, no existen personas que, **POR SU INDIVIDUAL ESFUERZO Y SIN EXPLOTAR A LOS DEMÁS**, puedan producir capitales fabulosos, ni otras personas que produzcan mucho menos de lo que producirían un niño de dos años o un diminuto insecto, en unos segundos de actividad. Entre seres humanos la desproporción productiva no es, no puede ser tanta, en ningún sentido. El hombre que más produzca, no podrá producir jamás tanto como cien, mil, diez mil, cien mil o quinientos mil hombres reunidos; y el hombre que menos produzca, de seguro producirá lo bastante para vivir humanamente, no como las bestias o peor que las bestias, que es como viven hoy muchos, muchísimos de los que todo lo producen.

En indeclinable consecuencia, todos, todos los capitales habidos y por haber son y serán resultado de una explotación más o menos extremosa y descarada; o dicho con la fraseología usada por don Nicolás, el fruto logrado por la ejercitación de "la virtud del ahorro," pero del ahorro efectuado por un **IM-**

PRODUCTIVO, que se **APROPIA** cada día ciertas porciones de lo que **PRODUCERON** los asalariados que tomó a su servicio, y a los cuales despacha con una paga menguada siempre **MENOR** que la valía real de los productos. Sin brazos ajenos, sin asalariados a quienes se asignan cantidades **INCOMPLETAS** en relación con la labor prestada, nadie pudiese amontonar un capital digno de tal nombre, un capital como suelen ser los capitales ordinarios de la época presente.

Si hubiera un capital, uno solo, producido por el trabajo y el ahorro personales de un individuo aislado, que no pagó nunca salarios irrisorios a ninguno de sus semejantes, ese sería **EL ÚNICO CAPITAL PASABLEMENTE LEGÍTIMO** de nuestra Esfera Terráquea; y yo anhelaría que alguien me dijera el lugar sacrosanto en que se guarda tal excepcionalísimo capital, y quien ha sido el Hércules centuplicado, el Superhombre ultraciélopeo, que logró consumir una tan portentosa y descomunal hazaña.

En el caso de que alguna persona reconociese que un capital, producido con la referida legitimidad, no ha existido ni existe, pero creyendo sin embargo que **PUDIERA** llegar a existir, yo desco y espero que la persona que tal crea se determine a realizar por sí misma la prueba. Que trabaje y ahorre cuanto quiera, si bien con la condición esencial de **NO EXPLOTAR** al prójimo en poco ni en mucho; y veremos el capital que consiga fabricar, aunque se afane más que nadie y alcance una vida de cien años, en pleno vigor muscular y en completa lucidez mental. A mi me parece, y a la realidad matemática e incontestable le parece también, que mucho antes de llegar al término de la prueba, se habría persuadido el más robusto y el más tereco de que no hay capital alguno, que no se funde sobre la explotación de las diversas potencias productoras ajenas. El capital, además de ilegítimo, es innecesario. Sin capitales, la producción no se interrumpiría; sin trabajo, todos los capitales del Mundo nada producirían por sí. Que desaparezcan todos los capitalistas, y la Humanidad no padecerá en lo más mínimo; que desaparezcan todos los trabajadores, y el desorden más caótico surgirá sin tardanza. El trabajo es lo eminentativo, lo vital, lo dinámico, lo absolutamente necesario; el capital es lo accesorio, lo parasitario, lo estático, lo que puede suprimirse sin el menor riesgo para la existencia y el avance de la colectividad humana. El trabajo es un germen inagotable, un creador eterno; el capital es una excrecencia, un morbosismo.

Todo trabajo es anterior y superior a to-

do capital. El mismo don Nicolás no puede por menós de reconocerlo así, cuando confiesa: "Nace por consiguiente el capital del trabajo; porque sin éste no hay producto alguno." Y sin embargo, en la sociedad reinante, con toda evidencia injusta, el capital, aun siendo cual es lo secundario y lo inferior y lo suprimible, se proclama director y regulador y dueño y opresor del trabajo que le produjo. He aquí un trastrueque de valores y de términos, con el cual se patentiza que el capital es DAÑOSO, además de ilegítimo e innecesario, conforme ya demostré.

En la supuesta definición del capital que dejo transcrita, se cae también en error, al agregar algunas palabras acerca de su aplicación. Es conceptuado el capital como "aquel producto o suma de productos, que reservado oportunamente se aplica a una nueva producción." Se aplique o no se aplique a una nueva producción, el capital no pierde su cualidad característica. En todas partes hay capitales que no se aplican a ninguna nueva producción, y por eso no dejan de ser tales capitales. Al contrario, el capital más genuino, el capital más capital es aquel que nada produce, que tiene miedo a todas las empresas, que vive precisamente de su inactividad, que sólo sabe aspirar a conservarse cobrando los intereses usurarios más crecidos que sea posible, con la más perezosa calma y sin riesgos ni zozobras de ninguna clase. Tanto si se aplica como si no se aplica a nuevas producciones, el capital no es ni más ni menos que EL CONJUNTO DE PRODUCTOS, O DE SUS EQUIVALENTES MONETARIOS, ACUMULADOS POR LOS IMPRODUCTIVOS QUE VAN DEFRAUDANDO A LOS PRODUCTORES, AL AMPARO DE LAS LEYES, DE LAS VIOLENCIAS Y DE LAS TRADICIONES.

Pregunta después don Nicolás: "¿Se pondrá en duda el derecho de propiedad del capitalista sobre su capital?" No sólo se pone en duda, sino que se niega categóricamente, que lo niegan los clarísimos e irrefutables razonamientos que preceden, y las manifiestas realidades sobre las cuales se apoyan los indicados razonamientos.

Con intención deliberada, he llegado a entenderme bastante en la discusión de este punto, por ser el principal, el más trascendente, la médula de todos los otros. Dilucidado y solucionado este, muy fácil es dar a los demás una solución conereta e incontable.

Acerca del punto cuarto, exprésase don Nicolás así:

"Para nuestra desdicha son demasiado cier-

tas las penas y dolores que sufren casi todas las clases de la sociedad, y especialmente las obreras; pero ¿será preciso atribuir la causa de los males que éstas últimas a la tiranía del capital, a la opresión que el capitalista ejerce sobre el indefenso obrero? ¿No pudiera ser, por el contrario, que entre el trabajo y el capital no mediase hostilidad alguna, que el uno llamase al otro a una alianza para entrambos fecunda, a una unión íntima, plena y comunicativa que tradujese los beneficios del primero en ventajas del segundo, y desterrado todo germen de antagonismo reinase entre los dos grandes factores de la producción una perfecta inteligencia y una armonía vigorosa y fecunda? Así lo entendemos, y parécenos bastante fácil su demostración."

Habiendo comprobado la ilegitimidad y la innecesidad y la dañiosidad del capital, claro es que trabajo y capital no podrán aliarse nunca, por más capesiosidades que se inventen y por más devaneos trastornadores que se prodiguen. Víctima y victimario, explotado y explotador, serán siempre rivales, a despecho de todos los engaños e imposiciones, a pesar de todas las apariencias.

Lo único que puede suceder, y lo único que ha sucedido en el transcurso de los siglos, es que los trabajadores de tal o cual país, de tal o cual población, de tal o cual oficio, sean demasiado pacientes por ser demasiado ignorantes; pero en el momento que vislumbren siquiera un poco de la verdad, todas las alianzas aparentes quedarán rotas y trabajo y capital serán adversarios irreconciliables. La reconciliación sólo puede venir con la total eliminación del capital privado, con la conversión del capitalista infecundo en trabajador productivo. En todas partes y siempre, los obreros cultos han sido y son y serán rebeldes, y han luchado y luchan y lucharán contra el capital, su esquilgador. Este fenómeno universal y constante, confirmado sin una sola excepción por la Historia del Proletariado, debiera decir mucho, aunque por las señales nada dice, a los misoneistas obcecados, que pretenden lo imprendible, que se empeñan en amañar con cuatro coreusidos un problema tan hondo como la secular batalla entre trabajo y capital.

Los mismos obreros incultos y mansos poseen una intuición inicial, poco desarrollada pero innegable, de su verdadera situación. Hablando con ellos, se ve que no ignoran por completo la mecánica del capitalismo, que tienen un vago conocimiento de que las riquezas se conglomeran a costa suya.

Dedúcese, por tanto, que recomendar alian-

za, unión, inteligencia y armonía entre trabajo y capital, es idéntico a recomendar conciliación entre corderos y lobos. Resulta inútil ir contra la Naturaleza, en lo que atesora de permanente. Por eso se pierde el tiempo, queriendo anular o atemperar el antagonismo separador de trabajo y capital, HECHO tan naturalísimo y de tanta permanencia cual la repugnancia del estómago en presencia de un cadáver putrefacto, como la repulsión provocada por lo sucio y por lo feo en todo espíritu de artista, como la incompatibilidad perenne del agua y del fuego.

Quiero que consten aquí algunas de las lindes que don Nicolás stampa, cuando condena las doctrinas socialistas:

“Ése encono en los organizadores de la guerra al capital nace principalmente de que los que poseen, aunque módico algún ahorro, algo de capital, ya dejan de favorecer los planes siniestros del socialismo ateo para cuyo buen éxito es necesaria en sus asociados la miseria en su último grado de desesperación.”

Sería conveniente que don Nicolás declarase sin ambigüedades ni rodeos, con toda precisión, cuáles son esos “planes siniestros del socialismo ateo.”

Yo, hasta la fecha, sólo he podido averiguar que el Socialismo, incluyendo sus dos ramas colectivista y comunista, pretende revertir en bien general lo que ahora es bien exclusivo de una minoría estéril y sin ninguna razón privilegiada; mediante la muy fraternal y la muy equitativa y la muy comprensible fórmula de SOCIALIZAR la tierra, los instrumentos del trabajo, la producción y el consumo. Para que ni el más torpe pueda entender mal, lo diré también con los vocablos más usuales, por nadie desconocidos: el Socialismo aspira sencillamente a suprimir la miseria extremadísima e irritante de unos y la opulencia exorbitante y ofensiva de otros, acabando con los pobres y con los ricos, para que todos seamos trabajadores y ricos; porque rico es quien puede colmar todas sus necesidades fisiológicas y sensitivas y mentales, en todo lugar y momento.

Yo no acierto a ver lo “siniestro” de tan diáfanos planes, sin duda superiores a todos los demás, en humanismo y en belleza por lo menos. Más siniestro me parece, y de seguro ha de parecerle a todo espíritu liberal y justo, querer obstaculizar el normal desenvolvimiento adelantatriz de las actividades sociales; tratar de contener o desviar, con todo linaje de añagazas y enredos verbalistas, las incuestionables reivindicaciones proletarias, para que los creadores de cuanto existe sigan

aviniéndose a ser tan inconscientes y sumisos como siervos y miserables.

Pero, por fortuna, manotean en el vacío quienes así discurren y obran. Condenar el Socialismo vale tanto como condenar la lluvia, el rayo, el oleaje del mar, la rotación y traslación de la Tierra, la luz y el calor del Sol. El Socialismo es una etapa natural y debida de la marcha progresiva e incontenible de la Humanidad, hacia su perfección ilimitada.

No ver esto, no quererlo ver, o aferrarse al vano empeño de interceptar su curso, es padecer una lamentable anquilosis del juicio y de la comprensión. Guste o no guste a las sensibilidades y a las inteligencias rezagadas, el Socialismo avanza y avanzará sin cesar, según evidencian los sucesos cotidianos; y no tardará mucho en triunfar en el Mundo entero, para brindar felicidad a todos, sin excluir a los que le combaten.

Tampoco sé de donde ha sacado don Nicolás, refiriéndose a “los planes siniestros del socialismo ateo,” la disparatada falsedad de que “para cuyo buen éxito es necesaria en sus asociados la miseria en su último grado de desesperación.”

En ninguno de los miles de periódicos, revistas, folletos y libros socialistas de todas las esenelas que circulan por doquier, he tropezado nunca con semejante aseveración. Yo invito a mis lectores a que lean algunas publicaciones de diversos escritores socialistas, para que se convenzan de que don Nicolás sueña o falta por capricho a la verdad, puesto que no ha sabido ni leer siquiera. Lo contrario de lo que él se permite afirmar es precisamente lo cierto. El Socialismo se afana para concluir con todas las miserias; y para ello comienza por obtener constantes mejoras económicas y culturales y sociales para sus asociados, con lo cual los va distanciando cada día más de todas las situaciones miserables, hasta lograr conducirles al pleno goce de los bienes comunes, AL LADO, no POR CIMA NI POR BAJO del resto de sus semejantes. Esto es lo que constatan los hechos más reiterados y por nadie desconocidos ya, esto es lo que más desmenua en los escritos y en las acciones de todos los socialistas del Universo. Don Nicolás se atreve a discursar sobre Socialismo, y no sabe lo más sabido, lo más continuado, lo más elemental de su Historia.

De no ser así, don Nicolás se complace atribuyendo al Socialismo lo que el Socialismo no ha dicho, no ha podido decir. Es ese un sistema muy añejo, pero muy desacredi-

tado; un arma poco leal que hiere de rechazo a quien la esgrime.

Considero adecuado el hacer constar aquí también algo de lo mucho que don Nicolás deja sentado, respecto al ahorro y demás virtudes de su predilección más acendrada:

“Este es el camino, el único camino por donde el obrero podrá llegar a la consecución de un bienestar relativo: moralidad en sus costumbres, ahorro en sus gastos, orden, previsión y regularidad en las relaciones de familia.”

Todo eso se predica muy reposada y santamente, con especialidad cuando se ha disfrutado durante una larga vida de los sueldos más espléndidos de una nación. Lo dificultoso, lo que cuesta ya bastante más trabajo es practicarlo, si se ganan salarios ruines, que no alcanzan ni para lo más necesario. Recomendar cualquier virtud a las pobres gentes, que se ven obligadas a ser virtuosas por fuerza y a perpetuidad, es burlarse de ellas con crueldad reconcentrada.

Los desheredados son siempre virtuosos. Comen poco y malo, visten con pobreza exagerada, moran en cuehitriles infectos, pasan al lado de las riquezas que produjeron y consenten que las posean otros, trabajan durante toda su vida más que no pocas bestias: ¿Se quiere mayor virtud?

Si alguien duda, que haga la prueba. Nada tan persuasivo y tan exento de artificios escamoteadores. ¿Sería capaz don Nicolás de someterse a ganar tres o cuatro pesos plata diarios, para poder decirnos al cabo de algún tiempo los ahorros que había conseguido capitalizar?

Sin ningún inconveniente puede aceptarse, coincidiendo una vez al menos con don Nicolás, que la cuestión social sea resuelta por medio del Decálogo. Ni todo él haría falta. Bastase con que los capitalistas se resolviesen a practicar el séptimo mandamiento, con toda pureza y con toda certidumbre. Pero resulta que tan decisivo y cristalino precepto, como los demás, se queda siempre en los labios, sin llegar al corazón ni a la eabeza.

Por eso ha venido el Socialismo a ser el ejecutor de la grandiosa obra, que el Decálogo no ha podido consumir en tantísimas centurias.

Para corroborar cuanto dejo controvertido y para terminar, frente a la ensalada de citas que don Nicolás nos endilga, me place oponer una sola, de un panameño por cierto. Don Benjamín Quintero A., jefe actual del

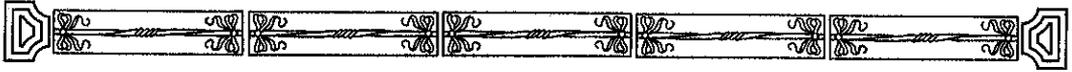
Registro Público, en su tesis “Prescripción,” presentada a la Facultad Nacional correspondiente, para optar al título de doctor en Derecho y Ciencias Políticas, principia manifestando, con una contundencia y sinceridad no superadas por los socialistas más exaltados:

“Las opiniones acerca del fundamento racional de la propiedad son diversas, todos los filósofos juristas con palabras más o menos disfrazadas están de acuerdo; que la propiedad, «res nullius», en su origen la constituyó el robo, con el derecho del más fuerte o el más avisado. En apoyo de nuestra afirmación oigamos como se expresa Spencer:

‘El derecho de propiedad de la tierra se ha establecido en el curso de esta transformación, y su génesis cuenta crímenes infinitos, cometidos no sólo por los antepasados de una clase dada de nuestros contemporáneos, sino por los antepasados de cuantos hombres existen hoy. Los bisabuelos de los ingleses contemporáneos eran bandidos, que robaron la tierra ocupada por otros bandidos, los cuales habían despojado a los bandidos precedentes. La usurpación, aquí parcial, allí completa, de los normandos, ha englobado las tierras que en el pasado fueron confiscadas en parte por los piratas daneses o noruegos, y en parte, pero en época aún más remota, por las hordas de invasores anglos o frisones. En cuanto a los propietarios celtas expulsados o reducidos a esclavitud por estos últimos, comenzaron a su vez por expropiar las poblaciones trogloditas, de que de cuando en cuando encontramos rastros. ¿A dónde llegaríamos si intentásemos restituír las tierras tomadas en otros tiempos contra toda equidad, si los normandos debieran devolvérselas a los daneses y noruegos y frisones, éstos a los celtas, y estos a los hombres de las cavernas de la edad de piedra? No habría más que una salida: restituír todo el territorio de la Gran Bretaña a los del País de Gales y montañeses de Escocia, que no podrían sustraerse a una restitución análoga sino invocando como excusa que, no contentos con confiscar las tierras a los aborígenes, los habían exterminado, legitimando así sus títulos de propiedad.’

“Comenzó el derecho de propiedad siendo colectivo y después se ha hecho individual y egoísta y de allí que andando los tiempos aquellos actos fueran sancionados llamando los primero ocupación, después posesión y luego propiedad.”

Me permito creer que esta cita única vale más que todas las del actual Director de la Normal de Institutoras.



Noticias del mundo científico

Nuevos y sorprendentes resultados de la implantación de glándulas intersticiales de cabros contra la esterilidad y las insanias

FEDERICO CALVO

LAS prometedoras investigaciones sobre la implantación de glándulas intersticiales y sobre el admirable efecto de las vitaminas en los fenómenos nutritivos cada día cobran mayor interés y prometen mucho para un futuro inmediato, en pro de los intereses humanos.

Con toda la constancia de quienes anhelan todos los mejoramientos de la especie en el orden físico y moral—que son lo mismo en esencia—, vivimos con el oído atento y el ojo listo, tomando ligera nota de cuanto ocurre en este campo de las investigaciones, para comunicarlo honradamente a nuestros numerosos lectores.

En días pasados dimos a conocer las opiniones sobre este particular del gran electrópata americano, doctor Nascher, quien se muestra un tanto desconfiado de las experimentaciones de Voronoff, alegando para ello muy atendibles razones y haciendo notar que las corrientes eléctricas de alta frecuencia surten mejores resultados de rejuvenecimiento genésico que la implantación de glándulas de monos jóvenes sobre hombres gastados.

Ahora se nos presenta el gran cirujano americano, doctor J. R. Brinkley, Director del Hospital Brinkley-Jones de Milford, Kansas, con un acopio de muy curiosas experiencias obtenidas con la implantación de glándulas de ganado cabrío sobre individuos tarados de esterilidad genésica y también de insanias.

La primera operación la practicó el doctor Brinkley sobre un hombre de 46 años y que no había gozado jamás de las satisfacciones de la paternidad. La señora frisaba en los 42 y sus anhelos maternales, después de 16 años de matrimonio, ya se habían resuelto en completa resignación. Este marido fue implantado con una glándula de cabro joven e inmediatamente la energía del paciente comenzó a manifestarse de un modo visible. Un año después ya era padre de un hermoso baby, muy rollizo y bien conformado y que lleva el nombre de Billy en honor del cabrito que con su glándula le dió poder generador al padre.

La segunda implantación la practicó en una señora joven, cuyas glándulas tuvo que extirpar por hallarse enfermas; en seguida practicó la implantación con las de un cabro, notando en la paciente una rápida mejoría, la cual culminó en un feliz alumbramiento de un muchacho que hoy cuenta cuatro meses (Marzo 14).

Otra dama, empuñada en concebir una niña, fue implantada con glándulas de cabra, obteniendo el resultado esperado en el término de una normal gestación. Esta operación y las veinticinco que lleva practicadas el doctor Brinkley sobre implantaciones glandulares, han resultado muy halagadoras y muy sencillas.

Lo que más ha sorprendido en estas experimentaciones es la circunstancia de poder determinar el sexo del prospectivo infante, ya

implantando glándulas de cabro, si se quiere niño, o de cabra, si se desea mujercita.

Este hecho, en concepto del doctor Brinkley, puede ser fuente de muy graves perplejidades si no se encuentra el medio de darle a la facultad reproductora la variedad en el sexo, pues sucede que las personas implantadas con glándulas de cabro siguen reproduciéndose en varoncitos y las implantadas con glándulas de cabra en hembritas.

Espera el doctor Brinkley que nuevas experiencias le permitan contrarrestar tan grave inconveniente y, para ello, espera tropiezar en su clínica con un matrimonio en que ambos cónyuges estén tarados de esterilidad, implantándoles, respectivamente, glándulas de cabro y cabra, para ver si de ese modo la reproducción se realiza indistintamente en individuos de uno y otro sexo.

Pueda ser, agregamos nosotros, que de la tal experiencia no vayan a resultar tipos bisexuales, porque entonces el problema se complicaría hasta el punto de ofrecer todos los caracteres de un fenómeno regresivo hacia las especies más rudimentarias.

El amor que es la florescencia de la fecundidad ya no tendría razón de ser, porque los animales bisexuales, creemos fundadamente, no pueden experimentar los atractivos amorosos ni disfrutar del proceso deleitable del galanteo.

En cuanto al inconveniente de reproducirse los individuos implantados en sólo hijas o en sólo hijos, sin poder variar más el molde, no deja de tener muy graves consecuencias, pero que en ningún caso son comparables al desastre teratológico del bisexualismo en el hombre.

En fin, dañando es como se aprende y nada importa con que el doctor Brinkley sacrifique a unos tantos mortales, con tal de que salga adelante en sus sorprendentes experimentaciones, y que una vez corregidas y bien estudiadas, la esterilidad desaparezca de la tierra, en donde faltan todavía millones de pobladores.

Entre las razones que indujeron al doctor Brinkley a escoger la especie cabría para sus experiencias, están la de ser estos mamíferos animales muy limpios y muy sanos, la de tener muy buena índole, la de ser refractarios a la tuberculosis y la de producir una leche riquísima en vitaminas.

Entre la especie cabría, además, y la especie humana hay muchas afinidades interesantes, tales como la de reaccionar casi del mismo modo contra determinados venenos. Esto pudo comprobarse suficientemente en la guerra pasada con los gases asfixiantes, que obra-

ban por igual sobre los cabros que sobre los soldados. Mil quinientos cabritillos fueron sacrificado en estas experiencias.

También se ha comprobado suficientemente que la implantación de glándulas de cabros en el organismo humano se realiza con gran facilidad, siendo así que en pocos días se adhieren íntimamente con los tejidos y siguen funcionando con normalidad. La implantación puede hacerse no en el puesto correspondiente sino en cualquiera parte del cuerpo a donde no resulten incómodas.

Las experiencias del doctor Brinkley no solamente se han dirigido a combatir la esterilidad sino que ha probado también las implantaciones sobre individuos atacados de insania.

A este propósito refiere el doctor Brinkley el caso de un individuo actualmente hospitalizado bajo su cuidado. Procede de Nueva York, en donde los tratamientos de especialistas no le han mejorado nada. Tan pronto como llegó se le implantaron dos glándulas de cabro; treinta y seis horas después su temperatura subió hasta 103.0 Fahrenheit para luego normalizarse definitivamente. Las manías y las fobias han ido cediendo progresivamente, el insomnio y las violencias ya no son tan frecuentes; come con muy buen apetito y piensa en casarse lo más pronto posible.

Otro individuo tarado de demencia precoz y de arranques epileptoides furibundos a quien ha sido necesario amarrar de piernas y brazos sobre la cama, fue implantado con dos glándulas de cabro sobre la región carnosa de la cadera; dos días después pedía muy humildemente que le desamarraran, manifestando que se sentía muy tranquilo y lleno de bienestar. Al tercer día se le cumplió e inmediatamente pidió libros para leer. La convalecencia ha sido progresiva y satisfactoria. Actualmente vive en su casa rodeado de su señora y de sus niños y manejando sus negocios con todo el aplomo de un hombre normal y educado.

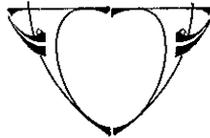
El 90 por ciento de las insanias y el 75 por ciento de los divorcios, en concepto del doctor Brinkley, se deben a la enfermedad de las glándulas y conceptúa que más de tres millones de americanos padecen de tal dolencia.

Y si por allá llueve por aquí no escampa. La tremenda bellaquería que de mil modos se manifiesta entre los pueblos de la América tropical en las formas más antisociales, tales como fanatismos pendencieros, megalomanías ridículas, lirismos estrafalarios, con-

cupiscencias desenfrenadas y salvajismos caballerescos, nos inducen a creer que las implantaciones glandulares reclaman de muy numerosos rebaños de ganado cabrío.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto del caso es que el mundo científico ha comenzado una era de formidable revolución y la cual reclama de una revisión completa en mate-

ria zoológica, fisiológica, anatómica, quirúrgica y psicológica. Los resultados obtenidos con las implantaciones glandulares y los estudios reveladores de las vitaminas, como elementos preciosos e indispensables para los fenómenos nutritivos, están levantando poco a poco el velo de la ignorancia y dejándonos entrever un horizonte de brillantes amplitudes.





Trabajos Notables

[Traducciones y Reproducciones selectas]

La crisis del Humanismo

LUIS ARAQUISTAIN

(De la revista "España")

ESPERABAMOS de Ramiro de Maeztu un libro en que condensara su visión del mundo. Casi todos sus compañeros del sonado «98» han realizado su obra; esto es, nos han dado lo más íntimo de su espíritu en una serie de trabajos escritos: Valle Inclán, el culto de la forma pura; Baroja, el culto del ego arbitrario; Azorín, el culto del hombre fuerte; Maura, Cierva, ahora acaso Lenin. He aquí el libro de Maeztu: «La crisis del humanismo», que es la glorificación del culto de las cosas.

Sería curioso un ensayo psicológico de estos escritores. Tal vez se vería entonces que su obra no es lo que ellos no son, sino lo que quisieran ser; no realidades íntimas, sino aspiraciones del alma. Acaso se vería que el culto de la forma de Valle Inclán, la serenidad externa de su obra, es la máscara que se pone uno de los espíritus más inquietos, turbulentos y apasionados de nuestra época; y el culto del yo arbitrario, anárquico, de Baroja, la máscara de un temperamento metódico, rutinario, ordenado, superlativamente burgués; y el culto de lo fuerte en Azorín, la máscara de un espíritu ambiguo, delicado, suave, negación de la fuerza, la inacción personificada; y el culto de las cosas, de los valores objetivos, en Maeztu, la máscara de uno de los hombres más subjetivos, más dominadores por su personalidad, a su vez una de las más sugestivas y amables. Pero se diría que no teníamos derecho a esta disección. Tal vez. Juzguémoslos, pues, por sus frutos, no en sus raíces. Cojamos «La

crisis del humanismo» y veamos hasta qué punto discrepamos de su autor y el autor consigo mismo.

Ante todo, una declaración admirativa: Maeztu, “periodista atareado,” como dice en el prólogo, ha realizado un esfuerzo ejemplar. Mientras los universitarios, los profesionales del pensamiento—con dos o tres notorias excepciones—sustraen avaramente al público la cosecha de sus actividades especulativas, he aquí a un hombre de la calle que, a fuerza de voluntad y amor al trabajo, logra sobreponerse a una de las profesiones más disolventes y agotadoras y, sorteando lo anecdótico y episódico de la actualidad, elevarse a los principios de las sociedades humanas con un libro que es una revisión radical y sugerente de los fundamentos del derecho. Esta «cosa» que es su libro merece, como lección de esfuerzo y curiosidad intelectual, todos nuestros acatamientos.

El fracaso de la autoridad irresponsable

He aquí ahora la tesis de «La crisis del humanismo». El mundo es injusto y el hombre es malo (“Este mundo es un valle de lágrimas” y “Yo, pecador”). ¿Cómo hacerlo justo? Como el hombre es fundamentalmente malo, no puede confiarse en el principio de la autoridad, que lleva al despotismo—opresión en el interior y guerras de conquista en el exterior—, ni en el principio de libertad, que conduce al egoísmo—desorga-

niación dentro, indefensión fuera—. Han fracasado ambos principios y, con ellos, los momentos históricos en que mejor se definen, el Renacimiento con su Humanismo y la Revolución Francesa con su Declaración de los Derechos del Hombre. Hay que superar esos principios, pero juzgando los tales momentos históricos no como realizaciones imperfectas y perfectibles, sino como realizaciones extemporáneas que deben rectificarse retrotrayéndolas a una época anterior: la Edad Media, con sus gremios y su cristianismo, con su principio funcional y su renuncia a la personalidad. Esta es la sustancia de este libro «reaccionario», reaccionario en el sentido de que no propone un «progreso», sino un «retroceso».

Dejemos a un lado la premisa de la maldad del hombre, con su supuesta concupiscencia y orgullo, como fuentes del pecado cuyo examen nos llevaría demasiado lejos para los límites de un artículo. Aceptamos, como verdad evidente, lo del mundo injusto, «valle de lágrimas». También aceptamos lo del fracaso de la autoridad. ¿Pero qué autoridad? No la idea, sino su forma histórica, absolutista. Lo que ha fracasado es la autoridad «arbitraria»; Maetzky se ha olvidado de este adjetivo. Pero el concepto de autoridad, «autoritas», etimológicamente, no implica necesariamente el concepto de arbitrariedad: antes bien, significa crédito, estimación, fe, aprecio, reputación, excelencia, representación. Maetzky rechaza, justamente, el Estado como idea transindividual, e injustamente, en su menosprecio del hombre, como idea de voluntad general. Pero acepta la democracia como la más segura forma de gobierno y le dedica una de las más bellas páginas de su libro, con esta conclusión: «La democracia es buena porque enseña a los más de los hombres las dificultades del gobierno y aumenta con ello su valor.» Acepta también, por lo tanto, toda autoridad fundada en la democracia, esto es, toda autoridad «responsable». Lo dice él mismo: «En nombre del orden, se establece una autoridad central, y en tanto que la autoridad se somete a esta función, como se puede someter a ella la fuerza de policía en países medianamente regidos, la autoridad es tan útil como inofensiva.» Solo que en el siglo XIII no había autoridad responsable—no había más que autoridad arbitraria—, y Maetzky ha preferido sostener el fracaso del principio de autoridad, para salvar una época legendaria y mixtificada, a declarar fracasada únicamente la forma histórica, todas las formas históricas concebidas hasta ahora. Pero su sindicalismo habrá de fundarlo en el principio de la au-

toridad democrática, responsable, que hasta ahora no ha existido, y así su idea deja de ser pasado para convertirse en futuro.

El fracaso de la libertad histórica

Luego nos afirma el fracaso de la libertad. ¿Pero qué libertad? También aquí se olvida de calificarla. Ha fracasado, en efecto, el concepto del humanismo de «que el hombre es el centro espiritual del mundo,» y el concepto de la Revolución Francesa y del idealismo filosófico de que el hombre es un fin en sí y no un mero instrumento. Ha fracasado la realización de esta idea, pero no la idea misma. Cuando el hombre tuvo la idea de volar y fracasó en sus primeros vuelos, a nadie se le ocurrió declarar fracasada la idea ni proponer que se renunciase a ella y a la locomoción a vapor, sustituyéndola por la diligencia. Confundimos idea y realización. Fracasó el Renacimiento como realización: el hombre, lejos de pasar al centro espiritual del mundo, siguió siendo siervo como en la Edad Media, a pesar del cristianismo—otra realización fracasada—, como antes había sido esclavo, a pesar del helenismo. Fracasó la Revolución Francesa en el sentido de que el hombre no logró ser fin en sí, sino medio económico, instrumento mecánico, carne de cañón de la industria. Pero estos fracasos no nos autorizan a repudiar la idea que palpita en ellos, ni a retroceder en el tiempo—la Historia, como los ríos no puede remontarse a sus fuentes—; nuestro deber es completarlos, perfeccionarlos en una acción infinita. Este es el sentido de la libertad: un ensayo incesante y eterno para realizarla. Fracasa la libertad histórica, fracasan las formas históricas de la libertad: la de la civilización antigua, que se funda en la esclavitud; la de la Edad Media, que se funda en la servidumbre y la arbitrariedad; la de la edad moderna, la forma capitalista de la libertad, que crea un poder ilimitado, anárquico para una minoría, los más audaces y aventureros y los menos escrupulosos, y una explotación criminal para la inmensa mayoría.

Pero el principio de libertad no puede fracasar, es imperecedero. Lo dice el propio Maetzky: «Como el hombre no es un autómatas, privarle en circunstancias normales de su libertad para buscarse su vocación entre las profesiones consideradas necesarias sería destruirlo, y también se lograría su destrucción si se le obligase a desempeñar su función de un modo automático. En estos dos sentidos, la libertad personal no es tan sólo legítima, sino necesaria, porque ninguna so-

iedad puede subsistir largo tiempo si no se ajusta a la naturaleza del hombre, que es incompatible con el automatismo. Con esto no decimos sino que todas las leyes deberán tener en cuenta el hecho de que el hombre no es una máquina, sino un agente libre." ¿Dónde está, pues, el fracaso del principio de la libertad? Ha fracasado la falsa libertad, como ha fracasado la falsa democracia; pero no los principios, que son inmortales e inagotables.

Socialismo y sindicalismo

Viene, en fin el principio de la función, la organización de la sociedad por gremios o profesiones, y el «honrar» a cada uno según sus «méritos», pero «pagarle» según su función», esto es, su trabajo, como en el ejército. Y a quien no quiera trabajar, desempeñar función alguna, la exclusión, el trabajo obligatorio o el castigo. De acuerdo. Lo extraño es que Maeztu no vea enlace entre este tipo de sindicalismo y el socialismo, para juzgar al cual toma prestado de Hilario Belloc el concepto vulgar de Estado Servil. "Es posible, todo depende de las circunstancias, —dice Maeztu— que en ese régimen (socialista) alcancen los trabajadores, por de pronto, mayor seguridad y bienestar que los que tienen ahora. Pero no habrán hecho más que cambiar de amos y de forma de gobierno. Los burócratas y los agitadores reemplazarán a los capitalistas; el poder político al poder económico; el actual Estado se verá sustituido por el Estado Servil." ¿Y por qué todo esto? El socialismo presupone la democracia, y ésta podrá elegir a quienquiera, burócratas, agitadores o técnicos, y revocar, cuando quiera, los cargos. El socialismo no presupone necesariamente un Estado del tipo vigente; la idea del socialismo no viene del Estado, sino de la sociedad, y lo que el socialismo quiere no es que el Estado sea omnipotente, sino que lo sea la sociedad y, si está organizada en gremios, la sociedad o federación de gremios. El socialismo no excluye el sindicalismo, antes bien le supera, en el sentido de que es partidario de que los instrumentos de producción y cambio no sean propiedad de cada sindicato, sino de todos en común, de la sociedad entera. Esta socialización de la propiedad constituirá el socialismo sindical.

¿El hombre o las cosas

Pero la parte más grave de «La crisis del humanismo» es la fundamentación del principio funcional. Los hombres se asocian en las cosas. Hay que afirmar "la primacía de

las cosas." "Ha de sacrificarse la personalidad." He aquí unas afirmaciones peligrosas y, para nosotros, inaceptables. La asociación no es para el hombre ni el hombre para la asociación; ambos son para los «universales», que según Maeztu se llaman Verdad, Justicia, Poder, Amor. Decimos que esta subordinación del hombre es en extremo peligrosa. Pues ¿cómo sabremos descubrir esos valores en cada caso? En una ocasión, Maeztu pretende que esos valores tienen existencia propia: "Así como en el mundo de la lógica la verdad es verdadera, independientemente de nuestros juicios, así las cosas son buenas con independencia de que no mejoren." (Pág. 173). En otra ocasión hace depender su existencia de nosotros: "Estos problemas (de valoración) no pueden resolverse sino con mediciones y ponderaciones de infinita delicadeza, porque no contamos con otro instrumento de medida que nuestro propio juicio, falible por esencia y empañado, además, por las pasiones." (Pág. 345).

Precisamente porque es falible nuestro juicio y no tenemos otro instrumento de valoración, es inaceptable la primacía de cosas o valores de determinación difícil, cuando no imposible, sobre el hombre. Nos asociamos para el Amor; pero hay amores que matan. Nos asociamos para el Poder, la Verdad y la Justicia; pero en nombre de alguna de esas palabras se da la ciega a Sócrates, se crucifica al Cristo, se quemó a Giordano Bruno, se persigue a Galileo y a tantos otros hombres cuyas ideas sufrieron conflicto con los dogmas e intereses de la sociedad circundante y actual. ¿Y no fué una herejía científica la expedición de Colón? ¡Cuidado con el hombre! Está por encima de todo, es centro espiritual del mundo, fin absoluto en sí. Ese hombre que padece conflicto con su asociación, con su sociedad, con su patria—con la Verdad, la Justicia, el Poder y el Amor tal como la mayoría los entiende—puede ser depositario de verdades insospechadas y de insospechadas visiones del poder, el amor y la justicia. ¿Le aniquilaremos, le esclavizaremos?

La exaltación del hombre

Hay que afirmar exaltadamente el valor del hombre, el humanismo. Si es presuntuoso porque tiene conciencia de un mérito positivo, ¿qué importa? Si lo es sin fundamento, en su tontería lleva el merecido castigo. Justamente, lo que ha faltado hasta ahora al hombre ha sido sentimiento de su dignidad. Siempre ha sido esclavo de algo, de una

religión, de un látigo, de un Estado injusto. Y todo lo ha sobrellevado con paciencia. El hombre se debe a una serie de asociaciones: su familia, su profesión, su sociedad de arte o ciencia, su nación; pero todo esto no consume sino una parte mínima de su personalidad. El resto pertenece al universo, al infinito, a la eternidad, a lo ilimitado. ¿Quién podrá privarle de esta libertad de ciudadano del cosmos? Persígasele como parásito, por su dignidad y por la ajena. Pero no se rebaje su valor. Sólo acrecentando indefinidamente el valor del hombre—el valor de los

valores, Dios humanizado u hombre divinizado—, sólo suscitando en cada hombre la conciencia de su divinidad y de la divinidad del prójimo, será respetuoso el poder respetable la verdad, abnegado el amor y verdadera la justicia, y desaparecerán la tiranía, la injusticia, la arbitrariedad y todas las maldades basadas en el menosprecio del hombre. La teoría de Maetz, con su renuncia a la personalidad, podría llevarnos a una civilización como la china, o a una sociedad humana tan estéril y terrible como algunas congregaciones religiosas.

Lo que opina Azorín

La derrota de Clemenceau

[De "El Tiempo" de Colombia]

Clemenceau había además echado sobre sí graves compromisos para lo porvenir. Aludimos a la cuestión de Rusia. Días antes de la elección presidencial, Clemenceau había declarado en un acto público que Francia no trataría jamás con Rusia. Elegido Presidente de la República Clemenceau, de qué manera iba a resolver el problema ruso? El problema ruso preocupa hoy a toda Europa. Francia tendrá que tratar con la República de los Soviets, y Clemenceau se había negado terminantemente a ello. A la hora en que escribimos estas líneas, la República socialista se va consolidando en Rusia. El ministro ruso de Relaciones Exteriores acaba de publicar un manifiesto dirigido a los obreros de toda Europa, llamándoles la atención sobre el hecho de que los países aliados no quieren tratar con Rusia. Entre todas las naciones aliadas, Francia es la que procede con más falta de lógica en este asunto. Es preciso recordar que todas las naciones europeas trataron con la Francia revolucionaria a fines del siglo XVIII. En España, la prensa de la derecha y aun gran parte de la prensa liberal (por no decir toda) se alborota y escandaliza ante la posibilidad de que nuestro país tuviera que reconocer la República rusa. Escritores que presumen de muy avanzados hay aquí, que escarnecen y ponen en ridículo el esfuerzo del pueblo ruso por librarse de la ominosa servidumbre antigua y crearse una vida nueva. Los tales literatos y publicistas, que presumen de liberales olvidan la historia de su propio país. Con la Francia que acababa de decapitar a sus

reyes, celebró nada menos que una alianza ofensivo-defensiva la monárquica España; hablamos de la alianza del 19 de Agosto de 1796. El artículo 3o. de ese tratado de agosto dice así: "En el término de tres meses contados desde el momento de la requisición, la potencia requerida tendrá prontos y a disposición de la potencia demandante, quince navíos de línea, tres de ellos de tres puentes y de ochenta cañones y doce de sesenta a setenta y dos; seis fragatas de una fuerza correspondiente, y cuatro corbetas o buques ligeros, todos equipados, armados, provistos de víveres para seis meses y de aparejos para un año. La potencia requerida reunirá estas fuerzas navales en el puerto de sus dominios que hubiere señalado la potencia demandante." El artículo 5o. de esa alianza, concluida entre el Rey de España y el Directorio ejecutivo francés, añade también lo siguiente. "La Potencia requerida aprontará igualmente, en virtud de la requisición de la potencia demandada, en el mismo término de tres meses, contados desde el momento de dicha requisición, 18,000 hombres de infantería y 6,000 de caballería, con un tren de artillería proporcionado, cuyas fuerzas se emplearán únicamente en Europa o en defensa de las colonias que poseen las partes contratantes en el Golfo de México."

De todo esto se deduce una lección elocuentísima; ténganlo presente los aludidos literatos y publicistas. Se deduce que en 1796 el rey de España, el jefe del Estado más católico y monárquico de Europa, se obligaba a defender con sus barcos y sus ejércitos al pueblo que acababa de realizar una de las revoluciones más grandes de la historia. Ni Francia ni España pueden negarse a tratar

con Rusia; todos los gobiernos de Europa tendrán que tratar con Rusia. Ya ha comenzado a tratarse, en el terreno económico, con las sociedades cooperativas rusas, cooperativas que se iniciaron en 1865 y que cuentan hoy con veinticinco millones de adheridos. Pero el pueblo ruso protesta de esta limitación y pide que los tratos se extiendan leal y noblemente a la nación entera. Se dirá que la revolución rusa no es lo que fue la revolución francesa. Naturalmente! En eso estamos; de la misma manera que el siglo XVIII no es el siglo XX. La revolución francesa fue el triunfo de la burguesía y la revolución rusa el triunfo del proletariado; en eso estriba la diferencia. Un fenómeno social que se repite en la historia, se repite siempre con el matiz peculiar que le da el progreso humano. Poca enseñanza podría proporcionarnos la historia si en la repetición de los fenómenos sociales quisiéramos ver una identidad absoluta y no añadiéramos las variantes que los tiempos imponen.

La segunda gran revolución

[De "La Prensa" de Buenos Aires]

Vivimos en España en un período de revueltas y de turbulencias. Las huelgas se suceden unas a otras; los patronos se confederan y despiden en masa a los obreros; cada día surgen nuevos conflictos; se encarecen por momentos las subsistencias; las grandes compañías ferroviarias (que cuentan con ministros y ex-ministros en sus consejos de administración) piden periódicamente aumentos en sus tarifas; protestan ruidosamente las Cámaras de Comercio, los industriales y labradores de toda España, y la prensa (solicitada por asuntos de mayor interés) apenas protesta de las demandas de esas grandes empresas ferroviarias. Los gobiernos son efímeros y transitorios; dura, el que más, cuatro o cinco meses; viven de transacciones con la rebeldía, sin fuerza para imponer el orden. Perdonen mis compatriotas, los españoles que residan en la Argentina, el que yo haya trazado este cuadro un poco sombrío; pero me he detenido a tiempo. Si en medio de esta anomalía sucediera algo de excepcional, ya el telégrafo lo comunicaría a los lectores de «La Prensa».

Yo no quiero entristecer a mis buenos y lejanos compatriotas. Necesitaba hacer estas indicaciones, como punto de apoyo para lo que voy a decir. Los tiempos son de conmoción profunda en España y en toda Europa. En Francia, en Inglaterra, en Italia, sucede

lo que está sucediendo en España. Los síntomas revolucionarios son todavía más graves en esos países que en España. El proletariado de Europa entera se halla en vivísima efervescencia de rebeldía. Se preocupan publicistas y políticos del fenómeno social que se ofrece a sus ojos; se imaginan soluciones parciales; se arbitran reformas y mejoras pasajeras; se intenta reconciliar antagonismos irreducibles; se apela a la represión y a la violencia. No discutimos todos estos procedimientos, unos pacíficos y otros de concordia. Lo que a nosotros nos parece, sencillamente, es que a la hora presente, por políticos y por publicistas, no se considera el problema desde un punto de vista alto y desapasionado. El observador debe guardar una perfecta ecuanimidad ante el espectáculo que ofrecen obreros y propietarios.

Lo que ocurre en la actualidad en toda Europa es un fenómeno perfectamente lógico y natural. Abramos la historia; veamos cuál era la vida y cuáles eran las condiciones del trabajo en el siglo XVII, por ejemplo. Hace tres siglos un taller era como un hogar familiar; las artes mecánicas no podían ser ejercidas libremente por todos los ciudadanos; cada oficio tenía su gremio, y en cada gremio no se admitía al artesano sino después de repetidas pruebas de peritaje. El maestro consideraba a sus oficiales y aprendices como una familia. El lector seguramente recuerda todos estos detalles. Un novelista, Jerónimo de Alcalá, nos pinta en «El Denado hablador», la vida de taller de los célebres pelaires de Segovia.

Pero todas estas trabas y restricciones al trabajo tenían que desaparecer y desaparecieron. La transformación la realizó el descubrimiento del vapor. Hemos de advertir, sin embargo, que paralela o casi paralelamente a la revolución industrial, se estaba realizando la revolución política. El trabajo fue declarado libre en 1879. La Revolución francesa había sido preparada por los pensadores del siglo XVIII; estaba cargada la atmósfera de Francia (y, en general, de toda Europa) de las ideas de Rousseau, de Voltaire, de Diderot, etc. Ya los ánimos en esta disposición, muertas en las conciencias las viejas ideas, las viejas instituciones, Francia comenzó a tocar el resultado de una política económica desastrosa. No podía decirse que había presupuestos generales del Estado; el Estado era el Rey y eran los tres o cuatro mil nobles que con él vivían ociosamente en Versalles. El más terrible desorden reinaba en la recaudación y en el empleo de los tri-

butos. Labradores, industriales y comerciantes (es decir, el Tercer Estado), trabajaban para el rey, para la nobleza y para el clero. Poco a poco fué acumulándose un enorme déficit en el presupuesto; los mantenimientos más indispensables para la vida subieron exorbitantemente de precio. El malestar público fué agravándose de día en día.

Cuando el 5 de Mayo de 1789 Luis XVI reunió los Estados generales puede decirse que en la conciencia de todo el país había acabado un régimen caduco, para dar paso a una nueva vida nacional. Los hechos lo demostraron en unas semanas de una manera confluyente. Poco es el tiempo que va del 5 de mayo al 4 de Agosto; y, sin embargo, ya en la noche de este último día la nueva Francia se reveló a todos: la nueva Francia que significaba una nueva Europa. ¿Tenía el rey conciencia del ambiente espiritual de su país al convocar al Parlamento? Luis XVI contaba entonces treinta y cinco años; era de un carácter inconsciente, veleidoso; no sentía interés verdadero por nada; fluctuaba entre las más opuestas tendencias; oía a Necker, su gran ministro, y era un hombre liberal, tolerante y humano; oía a su mujer, María Antonieta, la austriaca, y se volvía de pronto partidario de la política conservadora y de la resistencia. Uno de los diputados del parlamento que se acaba de reunir, representante del Estado Llano, pintaba al rey en una frase, diciendo: "Él rey es un hombre que se pasa la vida afirmando por la noche lo que se ha equivocado por la mañana." Contra el parlamento que se acababa de reunir, existió desde el primer momento una abierta hostilidad por parte del rey y de la muchedumbre de sus cortesanos. Puestas las cosas en este tono, no se podía llegar a ninguna solución satisfactoria. El rey caminó de resistencia en resistencia (y los parlamentarios de rebeldía en rebeldía), hasta la catástrofe final. Surge la duda de si la revolución se hubiera evitado con una política sabia y discreta por parte de Luis XVI. No sabemos lo que hubiera ocurrido; pero nos inclinamos a creer que más tarde o más temprano, al fin se hubiera llegado a donde se llegó. El rey carecía en absoluto de sentido político, y acabó por entregarse completamente a María Antonieta. Es interesante ver cómo en la historia de la Revolución van sucediéndose los hechos cada vez con un mayor carácter de hostilidad hacia el rey, primero, por parte de los parlamentarios en los Estados generales, en la asamblea nacional en el juego de pelota, y luego por parte del pueblo.

La Revolución francesa cerró en Europa una era vieja y abrió otra nueva. El obrero estaba ya libre de las antiguas trabas y las condiciones del trabajo eran otras; pero quien había vencido en la Revolución era la burguesía, no el proletariado. Ya el 6 de junio de 1791, en el Campo de Marte, la burguesía ametrallaba al pueblo, a los obreros, que realizaban una manifestación. El trabajo era libre; las antiguas barreras de los gremios habían caído. La aplicación del vapor a la industria y a la locomoción habían de complementar en breve la revolución política. Las máquinas y las locomotoras significaban la posibilidad de la producción y del transporte en cantidades gigantescas. Con las máquinas y con los caminos de hierro surgían las grandes muchedumbres obreras; el obrero ya no era el ciudadano, el convencido, que vivía en constante comunicación afectiva con el dueño del pequeño obrador o del pequeño taller. El obrero era ya como una pieza de la máquina complicada que "él ponía en movimiento." La separación entre los grandes industriales y las grandes masas obreras era completa. Para que la separación fuera más efectiva, el obrero ya no sabía casi ni de quien era la fábrica; el dueño estaba en todas partes y no estaba en ninguna. No tenía realidad tangible. El dueño era una porción de seres invisibles, una porción de pedazos de papel que se llamaban "acciones." Con el vapor, y más tarde con la electricidad, la industria entera del mundo se unificó y se confederó. De articulaciones y de nexos para esta confederación universal servía la alta banca. La alta banca cubría el mundo entero de una red utilísima y formidable. Para el capital, no había patrias, ni lenguas, ni religiones.

Su dominio era universal; por encima de las fronteras los capitalistas de todo el planeta se entendían cordialmente. Grandes compañías o tal vez un solo hombre (como los llamados reyes del petróleo, del hierro o del trigo) podían hacer en un momento que los precios de las cosas cambiasen, encareciendo la vida, o que en un instante sufriesen alteraciones los valores bursátiles, llevando la ruina a millares de familias.

La internacionalización de la industria, del capital, era cosa evidente. Antes de que se crease la primera Internacional Obrera, ya el capitalismo se había internacionalizado. ¿Qué hacía entretanto el obrero?

Las muchedumbres obreras estaban entregadas a sí mismas; fueron viendo que no tenían más salvación que en sí mismas; en sus manos estaban las máquinas y estaban los

transportes del mundo entero. Esas máquinas de un tan complicado mecanismo, tan delicadas, tan precisas, productoras de todas las maravillas modernas, ellos las regían y gobernaban... Surgió en Europa una de las guerras más terribles que ha padecido la humanidad: quizá la más asoladora de todas. El proletariado fué a las trincheras y allí peleó heroicamente. Han pelecado todos, aristócratas, burgueses y pueblo; pero es necesario decir que el proletariado ha sido quien más sangre ha derramado en la lucha. Ha hecho algo más el proletariado. La guerra ha sido en parte, en gran parte, una guerra de producción industrial. Las fábricas han jugado tanto papel en la lucha como los ejércitos. Se puede decir que la victoria la ha dado toda esa multitud de fábricas que por todo el ámbito de los países aliados, trabajaban día y noche en producir municiones y pertrechos para la guerra. Y era el proletariado quien trabajaba en esas fábricas y llenaba esos talleres.

La guerra ha venido a ser, pues, para el mundo obrero, como una revelación de toda su fuerza y toda su inteligencia. Ha sido como esos ingredientes que, echados en un líquido, producen un cierto precipitado químico. Añádase a esto (como sucedió en los años que precedieron a la Revolución francesa) el malestar y el trastorno económicos. La paridad entre los tiempos actuales y aquellos a que nos estamos refiriendo, es verdaderamente prodigiosa. Y las mismas causas, morales y materiales, amenazan producir idénticos efectos. El mismo año de la convocatoria del parlamento por Luis XVI, en 1789, uno de los diputados, Sieyès, resumía de este modo, en un opúsculo famoso, las aspiraciones de la burguesía: "¿Qué es el tercer Estado? Todo. ¿Qué ha sido hasta el presente en el orden político? Nada. ¿Qué es lo que pide? Ser algo." Si esto se decía en el mismo año en que comenzó la Revolución francesa, como resumen de las aspiraciones de la burguesía, esto mismo puede decirse hoy, como resumen de las aspiraciones del proletariado.

El problema es este y no otro. Todas las reformas, mejoras y soluciones que imaginen los gobiernos y los jefes de Estado, serán inútiles, si ese problema no se aborda en sus

términos exactos y claros. El proletariado es hoy un poder político; pero un poder político no reconocido, un poder político que no alterna con los demás poderes del Estado; y mientras ese poder no sea reconocido, y tenga su efectividad en la vida nacional, las luchas y las violencias no terminarán. Hace poco, una personalidad española decía, hablando del problema social en España, problema reflejado con más gravedad que en ninguna otra parte en Barcelona:

"Barcelona ha llegado al límite del mal, y es de creer que la reacción de aquel pueblo sea la mejor garantía de que ha de llevar el remedio al imposible estado presente. Sólo la observación de cuanto está ocurriendo de algún tiempo a esta parte, obliga a considerar que ya no hay partidos políticos en una ciudad o en una nación donde las cosas llegan a tal extremo. No hay más que dos grupos: uno, que desea lo ajeno, intentando su obtención por cualquier medio, y otro, que defiende lo que es suyo porque lo conquistó con su propio esfuerzo."

Comprenderá el lector que el problema no puede ser planteado en estos términos, en términos de poseedores por un lado y de usurpadores por otro. Puestas las cosas en ese terreno, habría que remontarse hasta investigar los orígenes de los estados actuales de derecho; y de lo que sea un «hecho jurídico», ya hablan con bastante claridad los más modernos tratadistas y filósofos.

El autor del párrafo que acabamos de citar es nada menos que el jefe del partido liberal-conservador. Son significativas esas palabras, porque representan toda una modalidad en la manera de apreciar el gran problema actual. No; ese problema no puede ser planteado de ese modo. Como en 1789 fué reconocido el poder político de la burguesía, ahora toda la cuestión estriba en que sea reconocido el poder político del proletariado. Si los gobiernos del mundo entero, si los jefes de Estado del mundo entero, no tienen capacidad y corazón bastante para acometer esa magna obra, iremos fatalmente, arrastrados por las fuerzas más profundas de la historia, a la segunda de las grandes revoluciones modernas

AZORIN

El problema social.—Coloquio de sobremesa

RAMON PEREZ DE AYALA
(De "La Nación" de Buenos Aires)

En un lindo y apacible hotel campestre, un domingo por la tarde, después de una excursión en automóvil, llegando cada cual por su lado, hemos venido por ventura a reunirnos varios conocidos y amigos. Todos son norteamericanos, menos yo. Hay algunas señoras. Estamos en una región en donde abundan fábricas de acero. Actualmente, cientos de miles de obreros de la industria de acero se hallan en huelga. Uno de los amigos presentes es accionista y alto empleado de una de las fábricas.

Después de comer hemos salido al atrio. Fumamos, zarandeándonos en mecedoras. La mecedora es una institución nacional en los Estados Unidos. Ha brotado la conversación de la cuestión social.

Uno me ha preguntado cómo iban las cosas en España. Le respondo que como en todas partes, nada bien; pero desde luego mejor que aquí, pues en España se puede vivir y aquí no se puede vivir, los presentes se muestran conformes; pero no quieren creer que en España no estén peor las cosas. Siempre que hablo con un norteamericano recibo la misma sorpresa. Si hablan de los Estados Unidos, confiesan que no se puede estar ya peor de lo que se está. Pero si se mientan las naciones extranjeras, salen con que todas se han echado a perder y la única que se conserva incólume y paradisíaca son los Estados Unidos. Me preguntan qué jornales ganan los obreros en España, y cuando se lo digo, sonrían con desdén, como indicándome: qué jornales indecentes y qué país miserable! Pero cuando hablan de los jornales que ganan aquí los obreros, se ponen iracundos y dicen que a los obreros debe tratárseles a palos, como hacen en otros países.

Hablan ahora, con rabieunda pasión, del problema social. Qué quieren los obreros? La mayoría de los presentes declara ingenuamente que no se sabe lo que quieren los obreros. Uno indica que piden imposibles, como un niño que se antoja por la luna.

—No le parece a usted?—me interrogan.

—De un niño que pide la luna—respondo—no se puede decir precisamente que no se sabe lo que pide. Lo que hay que averiguar es si los obreros piden el imposible de la luna, o, por el contrario, tienen los ojos pue-

tos en bienes de la tierra. Si los obreros pidieran, en efecto, la luna, se me figura que a ustedes no les preocuparía gran cosa.

—Mire usted—me advierte uno—la situación en los Estados Unidos es muy clara. El obrero norteamericano es razonable y pacífico. Toda la complicación se origina de unos cuantos agitadores y secuaces extranjeros a los cuales se debía inmediatamente encerrar en un calabozo, expulsar o pegar cuatro tiros.

A primera vista parece que yo sólo soy el extranjero; pero...

Uno de los presentes lleva apellido inglés, otro francés, uno italiano, cinco alemanes, dos holandeses, uno polaco, uno judío. Todos, menos uno, son norteamericanos de la segunda o tercera generación, tan norteamericanos como puede ser podenco un perro bulldog, hijo de perro y perra bulldogs ingleses, que ha nacido en España.

—Ello es—dice uno—que los cien mil obreros del acero en huelga son casi todos extranjeros no nacionalizados.

—Lo cual demuestra—observo—que sin el concurso del trabajo extranjero la industria norteamericana del acero no hubiera alcanzado tan extraordinario desarrollo y prosperidad. Por qué hay tanto obrero extranjero en la industria del acero y en las demás industrias norteamericanas? Sin duda porque no hay bastantes obreros norteamericanos.

—No es eso—me corrige uno—sino que el obrero extranjero está acostumbrado a vivir miserablemente y se conforma con jornales más bajos que el obrero norteamericano.

—Pues entonces—digo—es de alabar que el obrero extranjero se haya cansado de vivir miserablemente y aspire a ganar jornales parejos a los de su camarada el norteamericano.

Una señora muy «chie» metió la cuchara:

—Los obreros ganan más de lo que necesitan. Ya no se puede ir al teatro, porque sucede que en la butaca de al lado está acaso un obrero sucio y ordinario. Esto es horrible.

El individuo que lleva apellido inglés, hasta ahora callado, contesta a la dama:

—Señora mía: lo que desean los obreros es justamente dejar de ser sucios y ordinarios, para que no tenga usted ocasión de lamentarse de su vecindad. Aparte de que su queja es muy peligrosa. Vea usted como la han atendido en Rusia: allí ahora, los obreros se acomodan en las butacas y las señoritas en la cazuela, para que no se quejen de promiscuidades.

—Pero, en resolución, qué pretenden los obreros?

—Pretenden, supongo—dijo el individuo de apellido inglés—vivir mejor, ascender en categoría social, para lo cual, claro está, necesitan trabajar menos horas y ganar más jornal. Es lógico y justo que, puesto que ellos crean la riqueza, participen en los beneficios.

—Ellos sólo—ataja uno—no crean riqueza. Tanto como el trabajo mecánico, crean la riqueza el genio científico, el talento financiero, el capital...

—Bueno: si todo eso es «tanto» como el trabajo, quiere decir que al trabajo le corresponde el cincuenta por ciento de los beneficios de la riqueza industrial—responde el individuo de apellido inglés.

—Y cómo se calcula ese cincuenta por ciento?—inquire el accionista.

—En mi fábrica el costo de la primera materia y de los jornales representan el ochenta por ciento del precio del artículo elaborado.

—Pues el cálculo es bien claro—responde el otro—al obrero le corresponde el cincuenta por ciento de ese veinte por ciento que resulta entre el costo y el precio del artículo, o sea en la utilidad. Y esta es una proposición muy conservadora, porque...

—Y el capital—interrumpe el otro—no ha de recibir sino el diez por ciento? Nadie se podría hacer rico...

—Porque—prosigue el primero—la proposición más radical de algunos obreros es que el capital no debe existir, porque no es necesario ni lícito. La diferencia entre el costo y el precio se llama: «plusvalía». El capital se amasa con «plusvalías». Si se suprime

es del capital y al capital corresponden los beneficios. Si el negocio va mal, el obrero continúa cobrando sus jornales. Los obreros no tienen preocupaciones. El capitalista vive constantemente preocupado, sin un instante de reposo u olvido.

—Las cosas no son exactamente como usted dice. Que los obreros carecen de responsabilidad financiera? No se les puede presentar esta objeción puesto que lo que ellos piden es adquirir esa responsabilidad. Que si va mal el negocio, el obrero no sufre, no es cierto, pues si un fabricante se arruina se arruinan así mismo los obreros. Que el capitalista vive preocupado? Los obreros le responderán que también vive preocupado el jugador; que el capital y las finanzas son ni más ni menos que un juego de azar y que no hay por qué respetar, ni mucho menos valorizar, esas preocupaciones e inquietudes. Los obreros desean caritativamente quitar preocupaciones a los capitalistas.

—Pero usted es bolshevik, —insinúan algunos.

—Nada de eso. No he estado expresando opiniones propias sino ajenas, de los obreros, a fin de demostrar que el problema no es tan llano como ustedes se figuran. Podemos discrepar sobre si los obreros tienen o no razón, pero se nos impone admitir un hecho: que los obreros poseen la fuerza y lo saben.

—Pues a la fuerza se responde con la fuerza—replican varios.

—Mal sistema. El empleo de la fuerza en los conflictos obreros es viejo y está desacreditado. Los obreros han respondido inventando el «sabotaje». Si el problema social es una guerra civil de clases, como quería Marx, entonces a mí no se me alcanza la solución. Tan nocivo es el abuso de fuerza, o sea, violencia, por parte del capital como por parte del trabajo. Los bolsheviks han empleado la violencia y la consecuencia ha sido que los industriales han apelado al sabotaje burgués. El problema social es un problema de justicia y su solución ha de consistir en